

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

AÑO 1945 - N.º 12



SEVILLA

PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

IMPRESO EN SUS TALLERES GRÁFICOS

Ejemplar n.º **328**

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1945



Tomo V
N.º 12

SEVILLA
PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
Imprenta de la misma

Excma. Diputación Provincial de Sevilla

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

1945

SEGUNDA ÉPOCA

NÚM. 12

CONSEJO DE REDACCIÓN

Excmo. Sr. D. Ramón de Carranza y Gómez, Marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Juan Candau Candau.—D. José Hernández Díaz.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. Manuel Justiniano, Director del Archivo de la Diputación Provincial.

SUMARIO

ARTÍCULOS ORIGINALES

Págs.

Capote, Higinio.— <i>Vida y muerte de Quevedo</i>	7 -
Carrera Sanabria, Manuel.— <i>Unas obras desconocidas del escultor Cayetano Acosta</i>	25 +
Petit Caro, Carlos.— <i>La Cárcel Real de Sevilla (II)</i>	37 +
Romero Martínez, Miguel.— <i>Traducción de cuarenta y cinco Odas de Horacio (VI)</i>	87

MISCELANEA

Justiniano, Manuel.— <i>Un incunable desconocido</i>	111 +
Girón María, Francisco.— <i>El pintor que retrató a Fray Isidoro de Sevilla</i>	117 +
Delgado Roig, Juan.— <i>La Real Academia de Medicina de Sevilla</i>	121 +
Almandoz, Norberto.— <i>Panorama musical de la época de Antonio de Nebrija</i>	125

<i>Libros</i>	129
---------------------	-----

<i>Crítica de Arte</i> .—Pintura y Escultura, por Antonio Sancho Corbacho..	137
---	-----

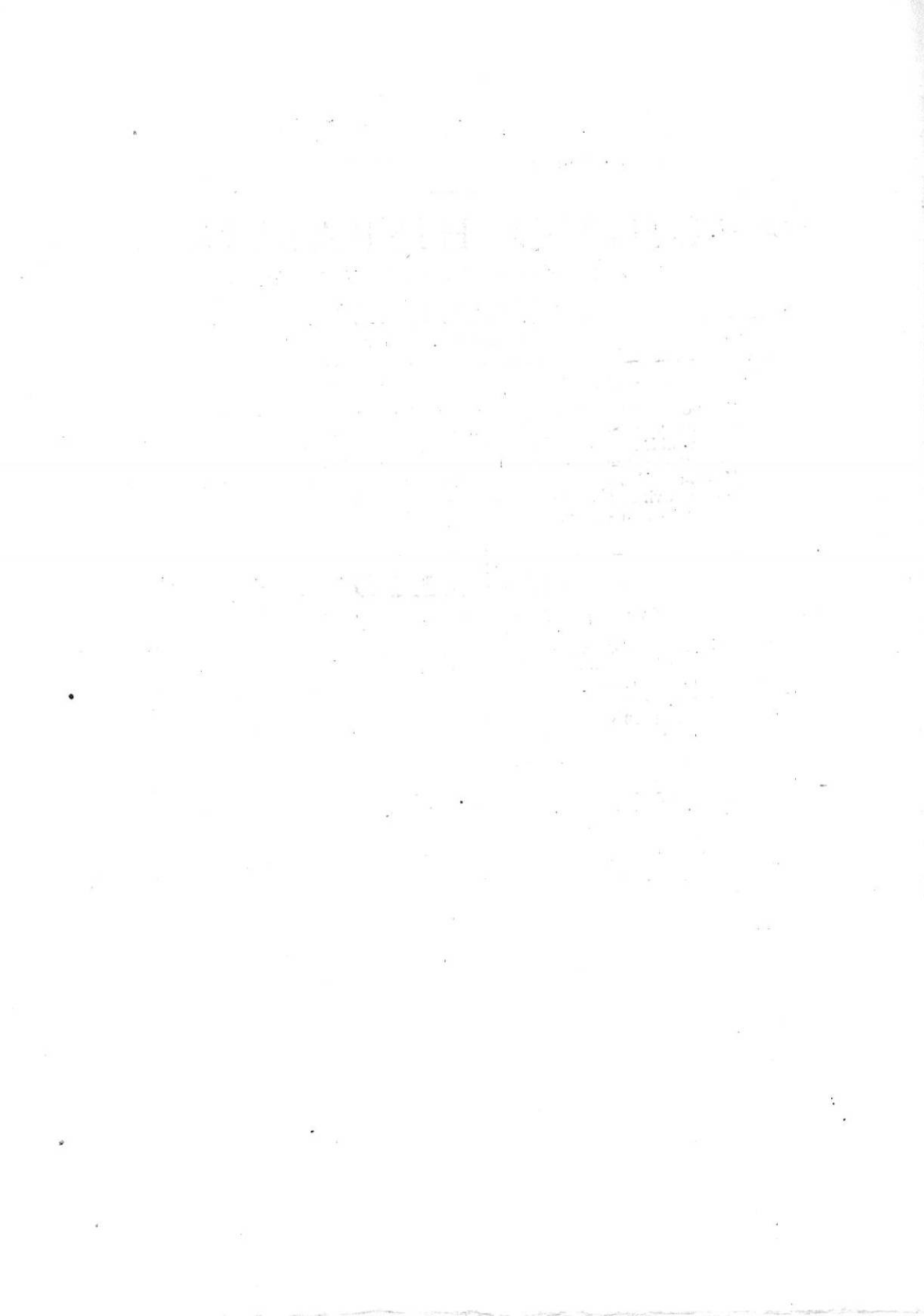
APÉNDICE

<i>Discurso genealógico de la nobilissima y antigua Casa de los Tellos, de Sevilla</i> .—Ldo. Luis Fernández Melgarejo. <i>Introducción y notas por Miguel Lasso de la Vega, Marqués del Saltillo (III)</i>	145
---	-----

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En Sevilla: 30 pesetas al semestre, 60 pesetas al año.—En el resto de España: 32 pesetas al semestre, 64 pesetas al año.—En Hispanoamérica, 35 y 65 pesetas, respectivamente. En el Extranjero, 34 y 66 pesetas.

DIRECCIÓN: APARTADO DE CORREOS 25 - TELÉFONO 2338x



VIDA Y MUERTE DE QUEVEDO

VIDA Y MUERTE DE QUEVEDO

Todas las grandes figuras, todas las grandes obras clásicas, nos llegan incrementadas, desdibujadas en cierto modo por las sucesivas colaboraciones que el tiempo ha ido realizando sobre sus siluetas primitivas en una constante acumulación de puntos de vista y de interpretaciones, de asentimientos o de repulsas que se entrecruzan, se complementan o se excluyen en ese dramático fluir de las generaciones que nos va dejando una serie de imágenes sucesivas de los hombres y de las cosas, que son, en definitiva, la base de nuestra cultura.

Quevedo es, pues, para nosotros, partiendo de esta elemental consideración, su persona, su obra, y todo lo que sobre ambas cosas se ha pensado y se ha dicho desde el siglo XVII hasta hoy: El que vieron sus contemporáneos; el que proyecta Villarroel en los comienzos del XVIII; el neoclásico de Moratín y el Parnaso de Sedano; el prerromántico de Cadalso; el que vió Larra, y el que vió después Florentino Sanz, y el de los políticos de Isabel II, la República y Amadeo, y el de Cánovas y los hombres de la restauración, y el de la generación del noventa y ocho...

Al intentar una mirada sobre nuestro gran escritor, es casi imposible prescindir de todas estas sucesivas interpretaciones que están todavía en el ambiente, en el aire de la cultura que respiramos, o que ya han sedimentado como uno de tantos de los mensajes del pasado que integran parte tan considerable de nuestro yo de hoy, de nuestra personalidad.

Pero no todos somos pasados, aunque lo seamos en gran parte.

Somos también presente y futuro. Hay en nosotros una parte de conciencia nuestra y solamente nuestra y a la luz de esa pequeña llama, si queremos cumplir nuestro destino, hemos de revisar nombres e ideas y transmitir así nuestro mensaje.

Puestas así las cosas e intentando por nuestra parte la experiencia: ¿Que es lo que dice Quevedo a un hombre de nuestro tiempo? ¿Cuál es la enseñanza, el sentido que nuestra generación extrae de él?



No podemos dejar de reconocer una circunstancia que complica el problema: el momento en que nos acercamos al gran escritor: el de su recuerdo oficial en el año de su centenario; ya que parece que en esta ocasión nuestro gesto tendrá siempre algo de forzado.

Estas conmemoraciones oficiales, por otra parte absolutamente necesarias, ya que no creo exista otro modo más eficaz para recordar periódicamente las grandes figuras de los grandes hombres a un mundo que vive entregado furiosamente a su trabajo o a su frivolidad, tienen también el inconveniente de colocarnos en relación al escritor de turno en ciertas condiciones especiales que alteran de momento nuestra normal tabla de valores y estimaciones.

O nos ponen ante su obra en una actitud de excesiva admiración y respeto, dispuestos siempre a conceder al homenajeado un plus de caballo, o bien, por el contrario, por un complejo de rebeldía típicamente ibérica, se produce en nosotros una primaria reacción negativa.

Pero si no aprovechamos la oportunidad que se nos brinda; si intentamos acercarnos a Quevedo olvidando en lo posible los clichés que nos legaron las generaciones pasadas; si saltamos la enorme muralla de papel impreso que lo cerca y nuestras maneras no tienen la rigidez de la admiración oficial; si sabemos ser sencillos y naturales y sabemos escuchar polarizando nuestra curiosidad en medio de la gritería espantosa de un mundo en locura, y prestamos atención siquiera unos momentos a su voz ya lejana que nos llega de lo alto con ese eco suyo angustioso, noble y dolorido, único e inconfundible, ¡cómo nos sentimos recompensados por tan pequeño esfuerzo y cómo nos enriquece y nos conmueve su maravillosa y trágica aventura!

Confieso sinceramente que ésta ha sido mi experiencia de estos últimos días y que agradezco profundamente al Sr. Presidente del Ateneo el haberme otorgado el inmerecido honor de pronunciar esta conferencia por el grandísimo servicio que me ha prestado al obligarme a revisar unos textos, a convivir íntimamente unos días con este gran hombre, a interrogarle y escucharle atentamente.

No quiero dejar de decirles que los primeros contactos fueron muy difíciles, por lo bronco, díscolo y esquinado que se me mostraba.

¡Cuántas palabrotas y cuántas cosas terribles sobre todo lo imaginable!

Por un elemental deber de cortesía me es imposible revelar estas primeras entrevistas.

Poco a poco se fué serenando; sus palabras fueron cada vez más limpias, menos hirientes; su acento cada vez más noble y lastimero, y en estos últimos días, sus confidencias, sus quejas, sus exhortaciones, sus consejos, adquirieron un tono tan sincero, tan dolorido, tan tremendo a veces, que ya no supe hacer otra cosa sino estar en todo momento sus-

penso y pendiente de su habla, identificado con sus trabajos y pesares, penetrado de una emoción tan honda que fué muchas veces casi llanto interior; llanto interior: única manera de llanto tolerada por Don Francisco.

Hacia fuera nada que no fuese la mueca despectiva o la carcajada sarcástica; nada que supusiera el más mínimo abandono; la más mínima abdicación de una enhiesta hombría.

¡Pero cuántas preocupaciones trascendentales, cuántas angustias bajo la máscara de su burla, que se contrae en un rictus de dolor cuando el grillete aprieta demasiado!

Porque para él fueron escritas unas palabras de uno de sus discípulos, contagiado también de su mismo mal; son de Cadalso, al final de sus «Cartas Marruecas»; se refieren a sí mismo, pero con ellas podríamos dirigirnos también al propio Quevedo:

«El estilo jocoso en ti es artificio; tu naturaleza es tétrica y adusta, conocemos tu verdadero rostro y te arrancaremos la máscara con que has querido ocultarte; no falta entre nosotros quien sepa muy bien quien eres».



No es empresa fácil el llegar a un grado de cierta intimidad con Quevedo; primero os disparará sus burlas como estocadas, luego os conducirá a través de un enorme laberinto de ideas y de palabras, y cuando ya creáis que lo tenéis entre las manos, se os escapará una y mil veces, como Proteo.

Le cuesta mucho trabajo abdicar su posición de hombre terrible. Algún día tal vez tuviese un cierto interés una divagación sobre este tema de los hombres terribles, o, mejor, de los «enfants-terribles» de la Literatura: Quevedo, Byron, Espronceda, en cierto modo Unamuno, Valle-Inclán, Bernard Shaw; todos ellos en perpetua rebeldía, en perpetua «boutade», sin solución, sin remisión; sin posibilidades de un cambio de clima que puede serles hasta perjudicialísimo para su salud; como en el caso de Espronceda, que se murió cuando quiso tener, como cualquier mortal, una novia y una acta de diputado. Claro está que Quevedo se casó también y no se murió por eso; pero es que el casamiento no fué para él una abdicación de su personalidad; porque ese casamiento de Quevedo, a sus cincuenta y tres años, después de su vida tan poco edificante y de sus mil y mil sátiras contra el matrimonio, con aquella inefable Doña Esperanza, fué una de sus mejores salidas de tono.



Pero cerremos este inciso y volvamos a nuestro tema.

Os hablaba hace unos momentos de lo difícil que me fué llegar a un cierto estado de cordialidad, de intimidad, con el gran escritor, por su carácter áspero, por su parcialidad apasionada, por ese perder los estribos y echar mano a la espada y sacar las cosas de quicio con que se dispara tantas veces; por lo terrible, lo implacable de su sátira, excesiva, indignante tal vez en alguna ocasión para nuestra actual sensibilidad.

Porque la verdad es, y cito palabras de uno de sus biógrafos modernos, que «los ataques de Quevedo fueron siempre feroces. No hay, ni ha habido nunca, escritor satírico que lo haya superado en virulencia y saña. Quevedo muerde con diente venenoso, apresa y sacude con fuerza la carne herida y tira y arranca el pedazo sangriento para mostrarlo cínicamente entre sus dientes, que relucen como los de un lobo, o entre una mueca de risa fúnebre y despectiva. Quevedo es satírico que no retrocede ante nada. Maltrata, desmenuza, escarnece, pisotea, no da cuartel; no se apiada jamás de su víctima. Nada le detiene; a todo se arriesga».

Con premeditación y alevosía hemos escogido este texto, por el que hubieran dado cualquier cosa Jáuregui, Morovelli o cualquier otro de los que constituyeron el «Tribunal de la Justa Venganza», porque este texto, que es exacto y no lo es, nos muestra al Quevedo más distante de nosotros; al que más pueda repelernos.

Indudablemente es exagerado. Hay en el humorismo y en la sátira de Quevedo zonas de un finísimo ingenio insuperable, y en muchos de sus terribles ataques, que son casi proceso de desintegración de sus víctimas, hay a veces también una cierta ternura humana y compasiva por ellas, que no ha sido tenida en cuenta en el trazado de tan áspera pintura; pero no podemos dejar de reconocer que hay en ella una parte de razón; y que la primera impresión que nos produce una gran parte de su obra no es precisamente de simpatía en el sentido normal de esta palabra. Nos desasosiega, nos exaspera un poco, nos sobreexcita ese mundo suyo, deformado por sus implacables cristales, en el que hay una absoluta ausencia de cordialidad y de ternura. Con esa misma primera impresión que el mismo Quevedo nos produce físicamente.

Hay en él una primera impresión de algo que nos choca. Tal vez un contraste demasiado agudo de blancos y negros; de tonos absolutos. Su revuelta melena rizada y su negro bigote, y su perilla, proyectan una serie de negros y petulantes rizos barrocos sobre el fondo, por contraste de extrema blancura de su rostro, que se concentran en los dos tremendos círculos avizores de ojos de ave nocturna de sus gafas, detrás de las cuales nos miran las pupilas más implacablemente inteligentes por las cuales España haya mirado nunca.

En esa eterna actitud desafiante de sus ojos está quizás el secreto de todas sus desdichas. Pasó por este mundo ignorando o queriendo ignorar algo que todo ser superior debe tener muy en cuenta si quiere mantener un minimum de convivencia con «los otros», y Quevedo ni

quiso ni supo jamás hacerse perdonar esa su suprema mirada inteligente.



Pero si seguimos avanzando en nuestro proceso de acercamiento al gran escritor, pronto llegaremos a una segunda etapa: la de las sorpresas.

Llega un momento en que una lectura de Quevedo está llena de exclamaciones: ¡Pero si no es posible! ¡Pero si es maravilloso! ¡Pero si es extraordinario y único!

Porque es todo esto: imposible, maravilloso, extraordinario y único, el hallar en una sola obra la extensísima gama de tonos tan diversos que Quevedo nos brinda.

Si fuera posible, y no son sólo exigencias de brevedad de espacio las que nos vedan hacer la experiencia, sino también la extrema aspereza de algunos de los pasajes que habríamos de citar, confrontaríamos, en confirmación de nuestra tesis, una serie de textos dispares de Quevedo en los que la disonancia rebasa todo lo imaginable: Un madrigal y una jácara; un fragmento del Buscón y otro de la vida de San Pablo; un soneto a Lisis, y una versión de Marcial; una premática y un capítulo de la Política de Dios.

Os aseguro que el efecto sería extraordinario. Sólo a fuerza de repetir el ejercicio, puede ir desapareciendo la sorpresa hasta encontrar natural el fenómeno.

Nos hallamos entonces en el momento de empezar a comprenderlo. Sólo entonces, cuando sepamos percibir el maravilloso acorde del conjunto, podemos empezar a comprender la admirable complejidad de esta vida, llena de grandezas, de impurezas y de contradicciones que resuelven en un solo hombre, en una sola pericia humana, el artista puro, el cortesano, el asceta, el pícaro, el resentido, el político, el filósofo, que Quevedo llevaba dentro, en ese derroche de energía vital, capaz de alimentar a tantas criaturas.

Y a ese tremendo derroche de energías, responde su obra, porque toda obra no es más que una «larga biografía»; y su estilo, ya que todo estilo, si llega a serlo, y esto es lo difícil, no es sino una perfecta y normal secreción de vida, y más que en ningún otro escritor, en Quevedo, para el cual escribir fué siempre vivir, actuar, y toda su obra está impulsada por un vertiginoso sentido de acción.

En una de aquellas espantosas trifulcas que constituyeron, en suma, su paso por este mundo, en la polémica en torno al Patronato de Santiago, Quevedo, de pronto, impreca al Santo Patrón del caballo blanco y le exhorta a que se decida al fin a escribir contra sus enemigos en la última y definitiva manera: a estocadas.

¡Vos, o Patrón de España Soberano!
 Moved, moved la mano.
 Escribid con la espada,
 en defensa de vuestra celebrada
 opinión, larga suma;
 pues tiene corte y servirá de pluma.

¡Escribid con la espada! Esta fué para Quevedo una de las maneras más naturales de escribir. Pluma, espada, lengua de víbora, todo era igual. Sólo la ocasión determinaba el instrumento que había que utilizarse.

Y todavía en su testamento, en el que casi no se habla de libros, en medio de las cosas de rigor en estos trances; protestas de fe, exhortaciones, misas, mandas, mayorazgos, hay una última nostalgia por una espada «de más de la marca», y otra «muy linda» de Tomás de Ayala. Y la mejor manda, que se ocurre dejar a su mejor amigo Don Francisco de Oviedo, Secretario del Rey, es una escopeta que se describe con morosa delectación: «Es una escopeta de las de llave de alacrán»; escripto en la cámara: «Leonardo me hizo en Zaragoza».



Su vida es tan rica, tan variada, tan romántica, que ofrecerá, naturalmente y sin esfuerzo alguno, material abundante a la diversidad de su obra y de su estilo. Ni siquiera la de Chateau-Briand, ni la de Cervantes, están tan llenas de situaciones dramáticas y de lances de fortunas, como la de nuestro gran escritor.

Imaginaos todas las posibilidades de visión que la vida ofrece a ese nido solitario y deforme en la soledad terrible de las habitaciones altas de Palacio, mientras que abajo despliega toda su pompa la Corte de la Sacra Católica y Real Majestad de Felipe II; o al estudiante que camina en una mula hacia Alcalá, donde le esperan para no abandonarle ya nunca los libros y las pendencias, o al que al pie del farolillo de un retablo en una callejuela madrileña, deja tendido a sus pies a un hombre muerto; o al embajador del virrey Osuna, embarcando con todo boato en el puerto de Nápoles para luego tener que huir de los terribles sicarios de Venecia a la luz fría de una mañana, fracasada la conspiración; o al Quevedo «insigne oficial del trago», entre bravos y jaques en un bodegón de Sevilla; el mismo que está cortejando a estas damas bajo los árboles de los jardines del buen Retiro, y el que planta estos frutales en la torre de Juan Abad y el que escribe en un calabozo subterráneo y húmedo la «Constancia y Paciencia del Santo Job».

De Velázquez pasamos a Ribera, de Tizziano a Caravaggio, o a Valdés Leal, o a Goya, o al Bosco.

Y, sin embargo, no nos dejemos arrastrar por la vorágine.

Los contrastes no se excluyen: los tonos más dispares son recogidos en acordes amplísimos como en una perfecta sinfonía dirigida en un perfecto sentido de ascensión y de superación a través de las diversas etapas de su vida.

Desde su primera juventud, Quevedo es dueño ya de todos los resortes de su estilo, y de todos los tonos de su obra: La burla, la sátira, la poesía amorosa, la sentencia moral, los temas políticos y religiosos. Estos elementos, que no se pierden nunca y que si los hemos visto desplegados en las obras de su primera juventud, también hemos de verlos llegar hasta las de sus últimos años, jamás nos darán una impresión de monotonía, porque van combinándose, alternando, entrando en diversa cantidad y tono en sus distintas etapas; en riquísimas modulaciones diferentes.

Los tonos burlescos y satíricos que predominan en sus primeros años, van dando paso, poco a poco, a la gravedad sentenciosa de los escritos políticos y religiosos; y a pesar de los bruscos retrocesos, de las tremendas crisis y de las recaídas, podemos ver, sin que nada se pierda, siempre con exactitud y certeza, con el dominio pleno de todos los recursos idiomáticos del castellano que no ha tenido ningún escritor ni antes ni después de él, todo el maravilloso proceso de purificación que hay en Quevedo, reflejado paso a paso en toda la amplitud de su obra y de su estilo. Purificación por el dolor.

Porque como canta el Salmo «Recibió la salud por la mano de sus enemigos». Porque ese mismo Quevedo del «Siglo del Cuerno», de la «Carta a la Rectora del Colegio de las Vírgenes» y de la «Premática de las Cotorreras», es el mismo que acabará escribiendo las páginas del libro de Job o de la Providencia de Dios. Porque «Dios se acordó de él cuando menos lo merecía, para que él se acordase de Dios cuando lo había de menester más». «Permitió que me dejasen todos, porque de necesidad, cuando no de virtud, me volviese a El. No quiso que en abundancia de pecados, atesorando condenación, llegase al postrero día. Quiso (El sea bendito) cobrar mi penitencia, en la moneda de los bienes de la tierra que antes embaraza que enriquece. Mi remedio estuvo en que me quitó lo que yo debiera haber dejado, y me dió la medicina de que huía. Hízome discípulo de sus trabajos. Diéronme a conocer los que me engañaban el conocimiento. Hizo que me dejasen ingratos los que no me dejaban molestos. Hízome fácil el amar a los enemigos que no me quieren dejar, dándome a conocer los amigos que me han dejado. Librar con prisiones, descansar con tormentos, regalar con castigos, enriquecer con pérdidas, sanar con enfermedades, sólo Dios lo hace, en oposición de las tropelías de este mundo, que con la libertad encarcela, con los descansos

«aflige, castiga con los regalos, empobrece con los tesoros y enferma con la salud».



Pero va siendo ya hora de delimitar, de subrayar, de extraer de nuestras divagaciones una imagen precisa y concreta.

¿Quién es Quevedo? ¿Qué significa Quevedo en el pensamiento español?

A la primera pregunta, él mismo nos contestará a través de su obra con una serie de gritos lastimeros:

«No sólo nací yo para cuidados;
mas ellos sólo para mí nacieron».

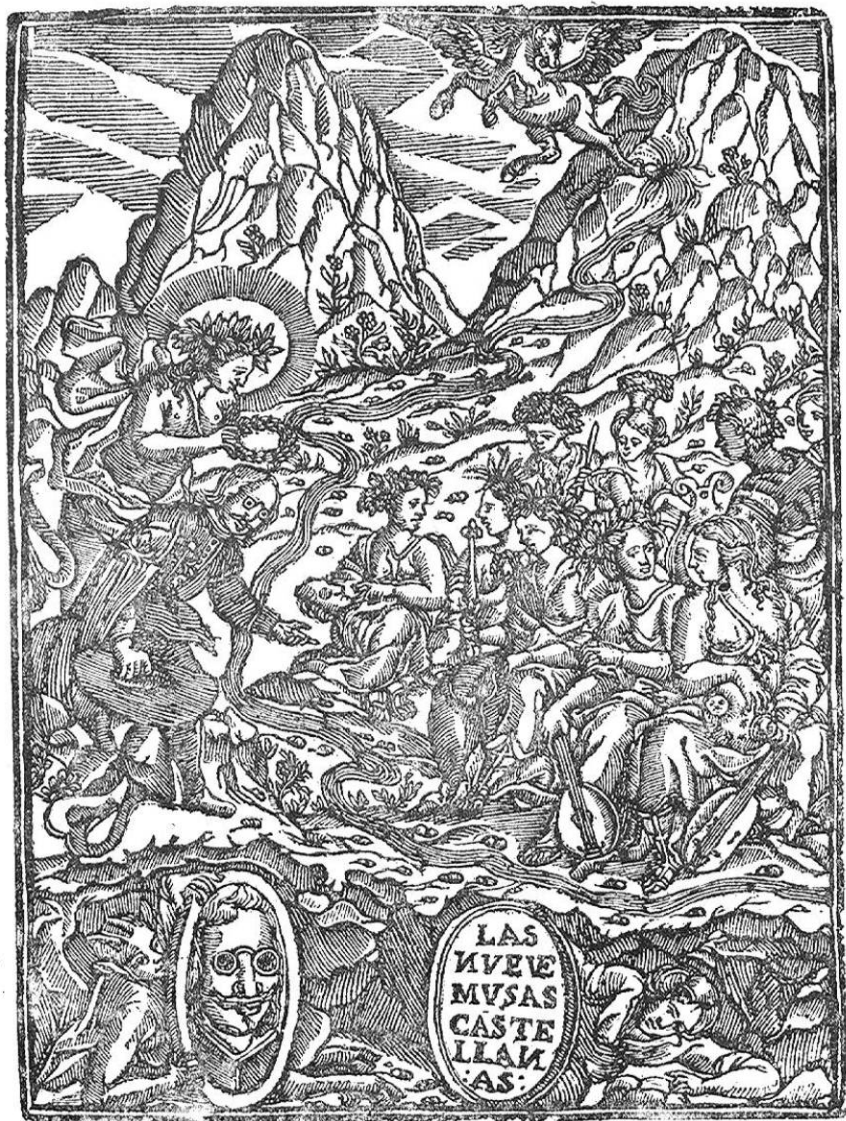
«¡Cómo es tan largo, en mi dolor tan fuerte!»

«Del vientre a la prisión vine en naciendo».

Y así podemos recoger miles de testimonios. Hay, pues, en lo más auténtico de su ser, en lo más recóndito de su grito, siempre un eco de insatisfacción, de descontento, de infelicidad, de dolor. Jamás de auténtica alegría de vivir; de ese optimismo que Baudelaire—otra gran desesperación—llamaba optimismo desvergonzado.

Hay, indudablemente, en Quevedo, como fondo temperamental o constitucional, una visión del mundo casi exclusivamente intelectual, a través de la cual, la vida, como aventura estética, pierde mucho de su sentido; una visión de la vida certera, hondamente humana, profundamente cristiana, de la que arranca su desprecio y su compasión por este mundo vana apariencia que pasa en un momento, según la concepción de San Pablo.

Esto no quiere decir, porque sería imposible, que Quevedo no sea más que inteligencia; sino que su visión es fundamentalmente intelectual. Se nos muestra a veces como un gran sensual, como un hombre de grande y fina sensibilidad, que produce profundas descargas en su obra; y esa lucha entre su visión intelectual de la vida, simple tránsito, miseria, apariencia vana y su belleza externa, fugitiva, pero, ¡ay!, maravillosa e implacable, será una de las notas fundamentales de su arte—principalmente de su poesía—, que se resolverá en esa espléndida gama de grises, de verdes secos, de ocre, de negros o de rojos profundos, «Tristes los versos, bajos los colores»—decía Góngora—, en la que están condensadas las más profundas melancolías del barroco.



Coronación por las Musas, de Don Francisco de Quevedo.—Grabado del libro «El Parnaso Español y Musas Castellanas», impreso por Figueró, en Barcelona, año 1703.



Sobre este fondo temperamental, es preciso colocar una serie de circunstancias, personales unas, derivadas otras del ambiente que le rodeó, que afianzan este primitivo perfil de su personalidad.

De estas circunstancias me interesa hacer resaltar las que me parecen esenciales: Su deformidad física; el ambiente familiar en que nació; la inseguridad de su posición económica; y la gravedad de la hora de España en que hubo de transcurrir su vida.

Todos sabemos que Quevedo nace deforme. Es un niño precozmente inteligente y despierto. Esa sí que no es deforme, su inteligencia. No sé si fué un niño bello y atractivo, pero sí que había mucha nobleza y gallardía en la perfección de su rasgo; pero con las piernas arqueadas y los pies monstruosos. No podré ya hacer ni un héroe ni un galán como Garcilaso.

Todos sabemos la enorme importancia que puede tener un defecto físico en la formación o en el desarrollo de los más íntimos estratos de una conciencia o de una subconciencia, y no es nuevo el caso en la historia del arte.

Hay en Quevedo muchas horas solitarias de niño monstruo antes de que se atreva a burlarse de sí mismo con ese terrible leimotif de burla que turba toda su vida. Y es esto quizás uno de los más hondos motivos de su habilidad de espadachín.

Recordemos a Byron, formidable tirador, por esta misma causa. Cuando los otros muchachos le empujan y le hacen caer bárbaramente, este muchacho, que es un bravo, sabrá trazar con su espada un formidable círculo de muerte a su alrededor para tener el camino expedito.

Este mismo defecto físico, unido al absoluto vacío sentimental de sus primeros años, hubieron de influir de un modo definitivo en la actitud de Quevedo hacia las mujeres.

Este niño deforme y precoz no encontró en aquellas sus primeras horas tan amargas una familia que le acogiese y le restañase los zarpazos de los de fuera. Su padre murió siendo él muy pequeño. No lo conoció. Su madre, camarista de una Infanta, estuvo totalmente absorbida con las obligaciones que la inexorable etiqueta de la Corte llevaba consigo. No hay en toda la obra de Quevedo un solo recuerdo de cordialidad para ellos.

En este ambiente es muy fácil dejar pronto de ser niño. Nunca habrá ya ternura en esos niños terribles de Quevedo. Recordemos al Lope de los Pastores de Belén y de la elegía a Carlos Félix. Nada habrá semejante en la obra de nuestro gran escritor. No podremos imaginarlo ya nunca con niño sobre las rodillas

Con esta triste experiencia entra en su vida de estudiante. Sus pa-

dres han muerto ya; él vive absolutamente solo. Tiene dinero, talento, gracia, desparpajo; con todas estas cosas las mujeres no le faltarán. Pero desde entonces habrá para él dos clases de mujeres: las que se le entregan fácilmente, y por las que inmediatamente sentirá el más absoluto de los desprecios, y las que le rehuyen; porque indudablemente no es simpático, repele a un determinado tipo de mujeres. Por éstas será por las que arderá vanamente, constantemente, de amor.

Así se consumirán treinta y tres años eternos por el amor imposible de Lisis. Y el cínico Quevedo, el bufón Quevedo, guardará como un tesoro un libro: El «Trattato dell'Amore Humano», de Flaminio Nobile (Lucca 1569), y en las hojas en blanco finales de este libro escribirá a Lisis los últimos—y maravillosos—sonetos platónicos de la poesía del Renacimiento.



Esta falta de normalidad, este recelo en sus relaciones humanas, esta inseguridad para andar por el mundo que le dan sus tardos y deformes pies y su corazón torturado, hubieran sido en cierto modo compensados por una sólida posición económica que le hubiese permitido, libre de preocupaciones, desarrollar su talento.

Garcilaso construye su delicioso mundo poético sobre una base perfectamente firme y bucólica precisamente. Parece que hay en él ya una predestinación. Aparte de otros cuantiosos bienes, su padre al morir le nombra heredero del servicio de montazgo de Badajoz, que los Reyes Católicos le otorgaron y consistía en un tributo sobre los ganados que fuesen a pastar al término de Badajoz y que le suponían una muy cuantiosa renta. Sobre estos ganados que van a pastar a las Extremaduras, contruye Garcilaso su maravilloso mundo pastoril.

Ya sabemos lo que para Quevedo fué su señorío de la Torre de Juan Abad. Y aunque de la Torre, «que es nido de tordos», nos llegan también las notas más tiernas y humanas de Quevedo, en el terreno económico que es lo que nos interesa ahora, su señorío no fué para él más que un ingente montón de papel de oficio, un semillero de pleitos, y de vez en cuando algún dinero, que tal vez hubiese sido bastante para mantenerle con holgura si él no se hubiese sentido un grande; pero que él, que había nacido en palacio, cerca de los reyes, que era amigo de Osuna, de Medinaceli, de Velada o de Medina de las Torres, se sentía un grande también en su talento, que en cierto modo lo equiparaba a los otros; y no supo darse cuenta hasta muy tarde de que su vida se movía en un plano diferente; y a pesar de ello nunca abandonó sus hábitos de vida cortesana, que le mantuvieron, juntamente con sus pleitos y prisiones en un perpetuo y torturante desequilibrio financiero.



Este mismo sentido de su grandeza, de su responsabilidad, es el que nos da la tónica de su intervención en la vida política española. En este momento de grave crisis, Quevedo siente la enorme responsabilidad que le da su superior perspicacia de mirada y su superior inteligencia.

Quevedo no debe, no puede callar, «por más que con el dedo, ya tocando la boca, ya la frente, le representen o silencio o miedo».

Su enorme sentido crítico temperamental, su absoluto conocimiento de la Historia, aguzan el sentido político de Quevedo desde su primera juventud. «Siente la política al modo clásico como la forma suprema de las artes», y el momento español que vive le brinda la más trágica coyuntura.

Quevedo siente la responsabilidad de la hora, y jugándoselo todo, habla. Desde muy joven, desde aquéllas sus primeras cartas a Justo Lipsio, se ve predestinado con este triste destino. El se encargará de decir la verdad.

Pero, ¿a qué precio habrá de pagar esa tremenda responsabilidad de primogenitura?



Veamos ahora el modo de encajar a Quevedo en el lugar que le corresponde entre las grandes figuras de nuestro siglo de oro.

Para ello nos es preciso arrancar desde el Renacimiento, con el fin de poder obtener la suficiente perspectiva histórica. El Renacimiento, ese bello sueño de los hombres, nos ofrece en España un artista típico que resume en una perfecta síntesis de vida y obra lo mejor de este sueño. Garcilaso produce su obra maravillosa en el mejor de los mundos posibles. Encuentra a la mano todo lo que necesita; las armas, los libros, las riquezas; muere con una muerte heroica como un joven héroe griego, dejando tras sí el llanto dolorido de las Ninfas del Tajo por el príncipe de la poesía española, Ninfas del Tajo, en las que no es difícil identificar a las rubias damas de la Emperatriz Isabel de Portugal.

Lejos, muy lejos de las otras Ninfas que vió Quevedo bañarse en el Manzanares, dejando en la arena sus postizos.

Su actitud en cuanto a los asuntos públicos es de absoluta identificación con el Emperador. No sólo no es Comunero, sino que combate contra los Comuneros, entre los cuales se encuentra su propio hermano.

Cervantes viene detrás. Nace el mismo año de Mülberg. Es el héroe de Lepanto; pero le alcanza también la Invencible.

Arranca de la misma concepción renacentista de Garcilaso. Combate y escribe la Galatea; pero su vida miserable se encargará de des-

pertarle de su sueño, y él, que es entonces el hombre más inteligente, de visión más aguda, de oído más fino del mundo, parapetado detrás de una sátira que parece inocua y de una aparente falta de cultura, aleccionado por la vida que vivió, la mejor que pudo vivir para captar el momento del tránsito, percibe los últimos estertores del Renacimiento que se debate apurando sus últimas consecuencias en un mundo ensangrentado y lleno de preocupaciones.

En este sentido podemos decir que el Quijote no es más que una egloga fracasada.

Cervantes no es propiamente barroco; pero deja planteado el formidable problema de la lucha entre poesía e Historia, Literatura y Vida, sueño y realidad, que es el problema inicial del Barroco.

Pero Cervantes plantea este problema, que naturalmente había de tener sus repercusiones en el modo de enjuiciar las cosas españolas, con un sentido ampliamente universal y humano aplicable a todos los tiempos y a todos los países; y por eso hay en Cervantes, al par de un hondísimo españolismo, ese amplísimo sentido eterno.

Los plenamente barrocos, los españolazos hasta la médula, son los que vienen detrás: Lope de Vega, Góngora, Quevedo.

Sólo hay una distancia en el tiempo entre ellos y Cervantes de veinte o treinta años, pero ya viven un mundo absolutamente distinto. Todo lo que el Barroco tiene, frente al sentido del Renacimiento, de español y de Contrarreforma, está en ellos; pero también todo lo que tiene de nostalgia por un definitivo paraíso perdido.

Veamos cómo reaccionan ante su mundo Lope, Góngora, Quevedo.

Lope, en un sentido de total aprobación, de identificación absoluta.

Si alguna vez ha habido una completa absorción de un artista por un pueblo; si alguna vez un pueblo entero ha hablado por boca de un solo hombre, sin distinguos, sin el menor espíritu de crítica, porque para él todo está bien y todo es bueno, eso es Lope, que plasma en su obra, en toda su grandeza, la mejor visión positiva de la España del Siglo de Oro.

Góngora es ya un crítico; un descontento; no es difícil encontrar en su obra textos que apoyen esta afirmación. Pero él es un artista y sólo un artista; puro, deshumanizado, de los del arte por el arte. El primer Mallarmé de Europa. Y toda su energía vital—no pasa nada por fuera en la vida de Góngora—será consumida, heroico combustible, en la consecución de esas maravillosas calidades de esmaltes, de aceros empavonados, de bronce fundidos que han de dar a sus versos esas calidades minerales metálicas, en una última y suprema exasperación del color.

Pero si Lope es identificación y entrega, y Góngora arte puro y egoísta, Quevedo es responsabilidad de señorío.

Mirad, pues, a Quevedo cumplir su heroico y tremendo destino: No

está sentado en un banco de una venta, entre gente sencilla y aldeana, viendo cómo se desarrolla ante sus ojos una farsa inocente y guiñolesca.

Entre el murmullo de las fuentes, bajo los árboles frondosos del Buen Retiro, contempla con terrible y perspicaz mirada, bajo las formas de una comedia galante y cortesana, algo muchísimo más hondo; y su corazón no vacila; y de un salto, Don Quijote, en carne y hueso, salta sobre la escena espada, pluma en mano.

Y así su vida no es sino una perpetua lucha, una perpetua agonía en el sentido helénico de la palabra. Lucha contra los enemigos de fuera y de dentro. Contra «los sediosos y noveleros», que empiezan a poner a España en tela de juicio, y aprietan el cerco cada vez con más fuerza, contra sus mil enemigos personales, contra todo un mundo «cáduco» y en «desvarío»; pero también, y esto es más terrible aún, contra sus mil complejos, contra sus debilidades y flaquezas que él conoce y juzga antes que nadie: «Escribo de las cuatro pestes del mundo, no como médico, sino como enfermo que las ha padecido». «Temo que antes me temerán por el contagio, que me estimarán por la medicina». «Yo que soy el escándalo, escribo a Vuesa Merced que es el ejemplo».

Su inteligencia poderosa luchará siempre contra sus poderosos sentidos. Se sabe y se siente un héroe, y es deforme. Fustiga al Conde-Duque y escribe a sueldo «El Chitón». Es implacable enemigo de las mujeres y mata a un hombre en defensa de una mujer desconocida. Es un noble y vive muchas veces como un pícaro. Se deshace en mil formas de creación literaria y siente celos de Góngora, el poeta puro.

Siempre en peligro mortal, en continua peripecia, nunca dirá sólo «vida», siempre «la vida que es muerte».

Y así es, en definitiva, cómo queremos ahora evocarlo, arlequín de Picasso, monje de Zurbarán, iluminado por ese lívido, eléctrico, trágico claroscuro.



En este recuerdo circunstancial de centenario, no estará fuera de lugar el cerrar estas consideraciones con unas breves frases a manera de túmulo o epitafio.

Quevedo, que escribió tanto, no tuvo a su muerte el túmulo heroico que merecía.

Nos quedó, sí, la devoción de sus amigos eruditos en algunos epitafios latinos que no trascendieron nunca de un pequeño círculo de iniciados. De entre ellos quiero hacer resaltar el más vivo, el más anecdótico, que perpetúa la leyenda de escándalo de Quevedo: el de Monseñor la Farina.

Todos sabéis la historia: lo mismo que el Cid ganó batallas después de muerto, así Quevedo, detrás de la muerte, persiguió implaca-

blemente a sus enemigos; y el inconsciente y desventurado caballero que se atrevió a calzarse las codiciadas espuelas de oro con que Quevedo fué sepultado, murió en la Plaza de Villanueva trágicamente corneado por un toro.

Miles ab aedituo petiit calcaria functi
Nuper Quevedii, tradita sarcophago.
Ludo his ornatus, taurorum cornibus instat,
Suffosso cecidit vir, sed iniquus, equo.
Ergo equitem, efosso sequitur si poema sepulchro,
Discite sic, manes non violare pios.

Confieso que en un arranque primario, al ser honrado con el encargo de colaborar en este homenaje, yo acaricié la idea ambiciosa de hacer con mis palabras un «Túmulo a Quevedo». Sonaba bien este título para una conmemoración circunstancial de este tipo.

A poco de meditar en la empresa la deseché por completo aleccionado por el último verso de La Farina. Pronto comprendí y sentí que, en mi pequeñez, no debía acercarme a los manes de Quevedo con un gesto tan lleno de buena intención como desmesurado; ya que por lo demás su epitafio estaba absoluta y definitivamente hecho, y precisamente por él mismo.

Absoluta y definitivamente hecho y con palabras eternas, y más que el bronce perennes:

¡Oh, tú, que con dudoso paso mides
huésped fatal del monte la alta frente
cuyo silencio impides,
no impedido jamás de humana gente.
Ora confuso vayas
buscando el cielo, que las altas hayas
te esconden en su cumbre,
o ya de alguna grave pesadumbre
te alivies y consueles,
y con el suelto pensamiento vuelas,
delante desta peña tosca y dura,
que, de naturaleza aborrecida,
invidia a aquellos prados la hermosura,
detén los pies y tu camino olvida.
Oirás, si a detenerte te dispones,
de un vivo muerto voces y razones.

.....
En esta cueva humilde y tenebrosa,
sepulcro de los tiempos que han pasado,

mi espíritu reposa,
dentro en su mismo cuerpo sepultado;
y todos mis sentidos
con beleño mortal adormecidos,
libres de ingrato dueño
duermen despiertos ya de un largo sueño
de bienes de la tierra,
gozando blanda paz tras dura guerra,
hurtados para siempre a la grandeza,
al tráfico y bullicio cortesano,
a la Circe cruel de la riqueza,
que en vano busca el mundo y busca en vano.
Dichoso yo que vine a tan buen puerto,
pues, cuando muero vivo, vivo muerto!

.....
Llenos de paz mis gustos y sentidos,
y la corte del alma sosegada,
sujetos y vencidos,
los gustos de la carne amotinada;
entre casos acerbos,
aguardo a que desate de estos niervos
la muerte, prevenida
el alma, que anudada está en la vida,
para que en presto vuelo
horra del cautiverio de este suelo,
coronando de lauro entrambas sienes,
suba al supremo alcázar estrellado,
a recibir alegres parabienes,
de nueva libertad, de nuevo estado.
Aguardo que se esconda de esta guerra
mi cuerpo en las entrañas de la tierra.

.....
Tú, pues, ¡oh, caminante! que me escuchas,
si quieres escapar con la victoria
del mundo con que luchas,
manda que salga lejos tu memoria
a recibir la muerte
que viene a cada punto a deshacerte.
No hagas de ti caso,
pues ve que huye la vida paso a paso,
y que los bienes della
mejor los goza aquel que más los huella.
Cánsate ya, mortal de fatigarte,
en adquirir riquezas y tesoros

que últimamente el tiempo ha de heredarte
y al fin te han de dejar la plata y oro.
Vive para ti solo, si pudieres,
pues sólo para ti, si mueres, mueres.

HIGINIO CAPOTE.

(Conferencia pronunciada en el Ateneo de Sevilla, el diecinueve de diciembre de 1945, en el ciclo de las organizadas por este Centro como homenaje a Don Francisco de Quevedo en el año de su centenario).